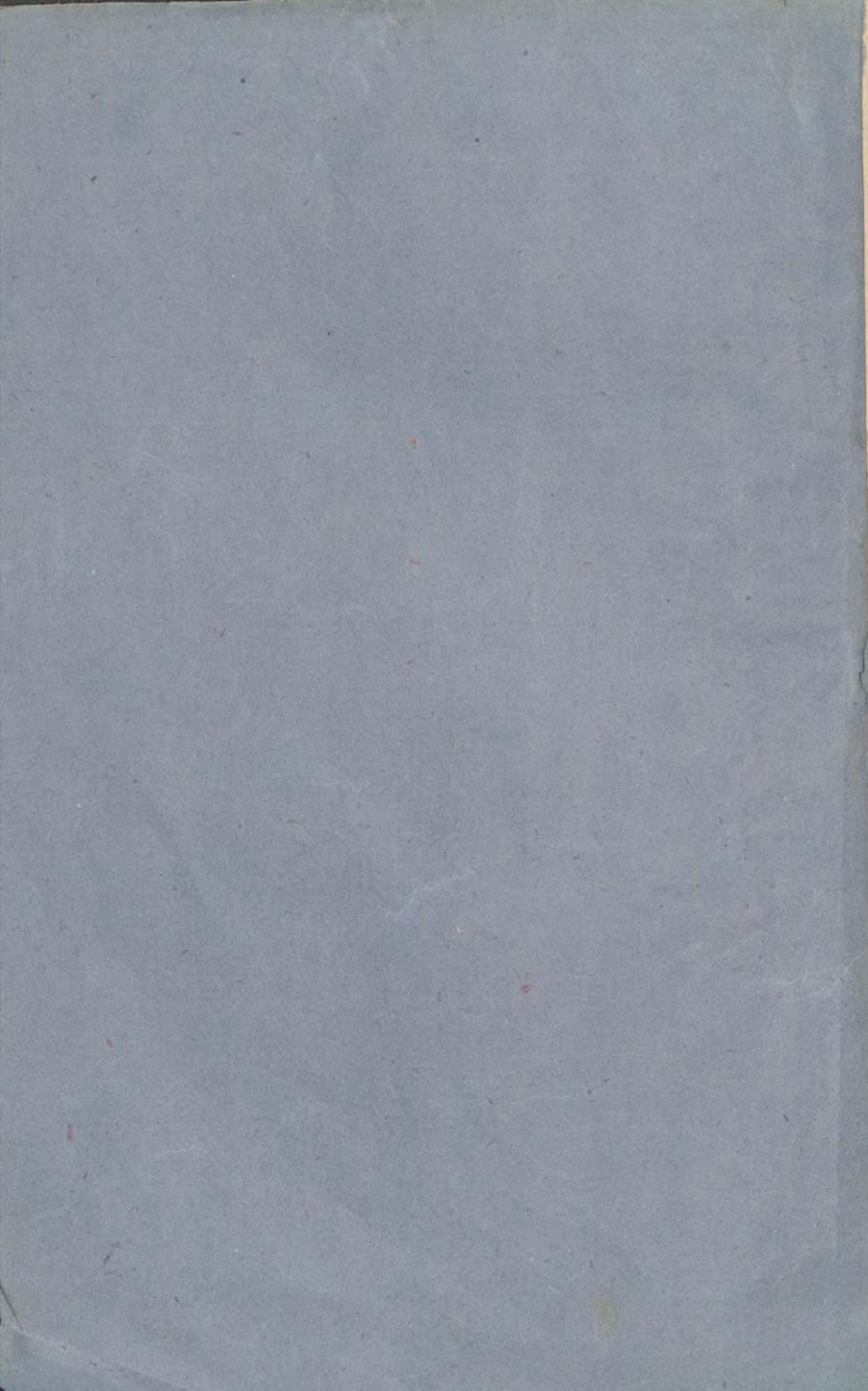


Abrit 10/17/4

15512

2006

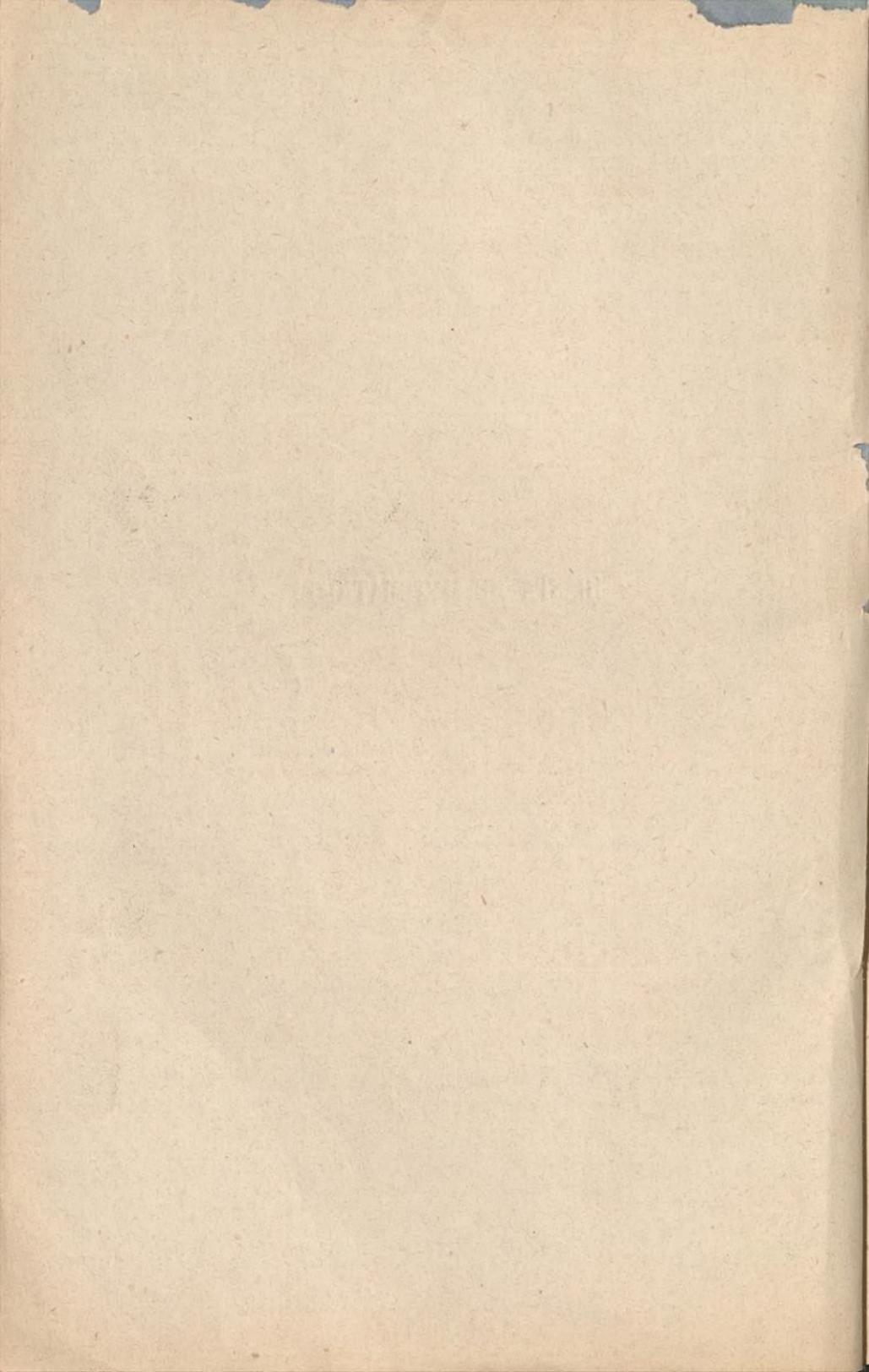
L47 - 6454



L47-6454

¡BASTA DE MATEMÁTICAS!

José Rodríguez



88-8

¡BASTA DE MATEMÁTICAS!

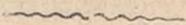
JUQUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON VITAL AZA.

Estrenado con gran éxito en el Teatro de Variedades el día 7 de Febrero
de 1874.



MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA SERAPIA.....	SRA. RODRIGUEZ. (D. ^a C.).
ROSA.....	STA. ESPEJO.
DON CIRIACO.....	SRES. LUJAN.
FEDERICO.....	RUESGA.
BENITO.....	LASTRA.

La accion en Madrid y en la época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO AUTOR DRAMÁTICO

DON MIGUEL RAMOS CARRION.

Nada más justo que el nombre del que es para mí tan cariñoso amigo como inteligente censor en todos mis trabajos literarios, figure al frente de esta mi primera producción.

Á V., querido Miguel, debo los aplausos con que el benévolo público la ha recibido; pues sin el desinteresado apoyo que hallé en V., y sin la confianza que me hizo alentar, no me hubiera decidido á lanzarme en la espinosa carrera de la literatura dramática.

Al expresar á V. en esta ocasion mi más profunda gratitud, me complazco en hacerla extensiva á todos los actores que en esta obra tomaron parte, quienes con tanto interés como talento la han desempeñado de una manera verdaderamente notable.

Acoja V., querido Ramos, esta sencilla dedicatoria, que aunque pobre y pequeña es la oferta, es muy grande y sincero el cariño que al dedicársela le ofrece su mejor y más constante amigo

Vital

ACTO ÚNICO.

Sala modesta de una casa de huéspedes. — Puertas laterales y una al foro.
Una cómoda, una mesa con recado de escribir, un libro, algunos papeles,
etcétera.

ESCENA PRIMERA.

SERAPIA sola, llamando en la puerta primera de la izquierda ¹, que será la
habitacion de Federico.

SERAPIA. Don Federico! Don Federico! ¿Si estará todavía durmiendo, despues de cuatro horas que hace que le he servido el chocolate? Don Federico! Y no contesta... Veamos. (Abre la puerta.) No está aquí. Es extraño que haya madrugado tanto. ¡Son las tres de la tarde! Ya! Ya! Buen sujeto es el señor don Federico! Van ya cuatro meses que no me paga un cuarto, y si muy pronto no se porta como corresponde á una persona decente, haré, con pesar mio, uso de esta carta (La saca.) que el otro día encontré tirada debajo de su mesita de noche. ¡Y qué reprensiones tan justas le hace el amiguito que

1 Del espectador.

se la dirige! ¡Qué juventud, señor! ¡Qué juventud!
(Sueña una campanilla.) Pero llaman. ¿Quién será? Voy á
abrir. (Desde la puerta del foro.) Pase usted, caballero,
pase usted. (¡Ya ha caído un nuevo huésped! ¡Gracias á
Dios!)

ESCENA II.

DICHA y BENITO, que entra con un saco de viaje, un violin y un gaban de
invierno que dejará sobre una silla.

BEN. Buenas tardes, señora. Aquí vengo por recomendacion
de don Tiburcio...

SERAPIA. ¿Gonzalez?

BEN. Sí, señora, el mismo.

SERAPIA. Ah! lo celebro mucho. ¿Y dónde está?

BEN. En Búrgos. Yo soy de Búrgos, señora, y cuando supo
que venía á Madrid á buscar una colocacion...

SERAPIA. ¿En el Gobierno?

BEN. No, señora. En alguna orquesta. Yo soy músico; culti-
vo el arte de Paganini.—Me dijo que viniera á esta
casa, donde me tratarían como en la mia.

SERAPIA. Oh! sí señor. Aquí estará usted con toda comodidad y
buen trato. Mire usted, esta será su habitacion. (La se-
gunda derecha.)

BEN. Corriente! Me gusta, y si puede ser quisiera entrar,
para arreglarme un poco.

SERAPIA. Entre usted, entre usted, que ahí están todos los avíos
necesarios. (Entra Benito en la habitacion, llevando consigo el
saco de viaje y el violin.) Pues señor, éste tiene cara de
ser un buen chico, y eso de ser amigo del señor de
Paganini me tranquiliza. Pagará bien. (Váse foro derecha.)

ESCENA III.

FEDERICO, vestido con traje de verano y con algunos pares de calcetines
en un papel.

¡Qué prestamistas, señor! Qué prestamistas! ¡No querer

admitir estos calcetines que están sin estrenar! (Los tira sobre la cómoda) Y lo grande es que yo necesito dinero. Anoche me soplaron el reloj y los siete duros que me restaban del empeño del gaban. ¿Y todo por qué? ¡Por aquella maldita sota! ¡Ay, si llega á salir el rey!... Comprendo el ódio á los monarcas. Pero ya, qué le hemos de hacer? Paciencia! Pensemos en adquirir fondos. De ropa no hay que hablar, porque sólo tengo este traje y... el que traigo puesto... Busquemos un medio. Si doña Serapia... pero no! La debo cuatro meses y me lo negaría. ¡Escribiré á mi padre pidiéndole dinero para libros?... No! no! Ya en este curso se lo he pedido siete veces para este objeto y podría sospechar... Sólo con lo que el infeliz ha pagado para obras de texto podía yo ser dueño de la Biblioteca Nacional. Pero mientras tenga libros el amigo Luisito... ¡Pobre chico! Pues ¿no me reprende con severidad, diciendo que no tengo juicio, que he quedado suspenso repetidas veces, que soy un perdido?... ¡Á que tiempos hemos llegado! Llamar perdido al hombre que busca dinero cuando lo necesita! ¡Y son tantas las necesidades en esta edad! Los bailes, los teatros, los amores... ¡Caramba! Y ahora que recuerdo! Rosa, mi amable Rosita, vendrá hoy á buscarme para que la acompañe á la venta del Espiritu-santo... Del demonio debiera llamarse!—Habrà que prevenir á doña Serapia para que al verla no sospeche que... La diré lo que hemos convenido, que es una prima mia.—Ya! ¿Pero cómo he de ir con ella sin un cuarto? ¡Ay qué situacion la mia! ¡Esto es horrible! ¡Comprendo el suicidio! Sí! El suicidio! ¿De qué sirve una vida tan llena de pesares y zozobras? ¿De qué sirve una existencia tan despreciable como dolorosa?... ¡Ea! ¿Para cuándo es el valor? Decidámonos! (Toma el revolver que estará en el cajon de la mesa.) ¡Oh, arma vil y homicida! Tú! tú vas á sacarme de esta situacion aflictiva y desconsoladora! Tú vas á proporcionarme á mi agitado espíritu la tranquilidad que necesita!... ¡Ea! ¡Par-

¡Vamos al momento! Energía y resolución!... (Contemplando el revolver.) ¡Lo empeñaré en tres pesetas! (Váase precipitadamente por el foro y tropieza con Doña Serapia.)

ESCENA IV.

DICHO y DOÑA SERAPIA.

- SERAPIA. Demonio! Ya podía usted salir con más moderacion.
- FED. Señora! Déjeme usted! ¿No ve usted esto?
- SERAPIA. ¡Jesús! ¡Un revolver! ¿Y está cargado?
- FED. Sí, como yo!—Y con los seis tiros para mayor seguridad! (Probemos.) (Federico al accionar apuntará repetidas veces con el revolver á Doña Serapia, la que retrocederá con miedo.)
- SERAPIA. Pero ¿qué significa eso?
- FED. ¿Que qué significa? Nada! ¡Que muy pronto mi vida volará á otras regiones!
- SERAPIA. Dios mio! Don Federico, conténgase usted. No haga usted una barbaridad. (Es capaz de matarse.)
- FED. Sí, señora! El suicidio es mi única salvacion!—¿Usted no comprende el suicidio?
- SERAPIA. ¿Yo? Jesús! ¡Qué desatino!
- FED. Ah! Es verdad. Usted es... una patronal! Usted disfruta alegremente en este despreciable mundo... En cambio yo... bien pronto... ¡pif! Ya está resuelto!
- SERAPIA. Pero, hombre, ¿está usted empeñado en...
- FED. ¡Empeñado! Sí, señora, usted lo ha dicho. Estoy perdido! Hoy necesito dinero; tengo que hacer un imprescindible pago; no tengo un céntimo, señora, ¡ni un céntimo! y quiero buscar en la tumba el descanso á mi conciencia! (Veremos si se ablanda.)
- SERAPIA. (Y lo hará como lo dice.) Don Federico, yo quisiera poder...
- FED. (Ya cayó.) ¿Usted? ¡Oh! Pero eso sería abusar...
- SERAPIA. Vaya! vaya! Guarde usted ese demonio de revolver, y dígame por fin cuánto dinero necesita.
- FED. ¡Cinco duros, señora! (Si pido más quizá me lo niegue.)

- SERAPIA. ¡Cómo ha de ser! (Lo cobraré todo junto.) Tome usted, tome usted; haga ese pago que tanto le aconseja y...
- FED. (Toma el dinero y la abraza.) Ah! Sublime doña Serapia! Usted es mi salvadera, digo, mi salvadora! Usted es mi ángel tutelar! usted es mi egida, mi protectora, mi ..
- SERAPIA. Basta, hombre, basta! No apriete usted tanto!
- FED. ¿Lo ve usted? Ya he resuelto seguir viviendo; ya guardo el arma homicida. (La guarda en el cajon de la mesa.)
- SERAPIA. (¡Gracias á Dios!) Conque ahora, estudie usted, mude usted de conducta.
- FED. Señora!
- SERAPIA. No se ofenda usted. Sólo el aprecio en que le tengo me obliga á darle estos consejos.
- FED. Gracias.
- SERAPIA. Es lástima que usted con tanto talento...
- FED. Gracias!
- SERAPIA. Con tanta disposicion...
- FED. Muchas gracias!
- SERAPIA. Sea un perdido!
- FED. Muchas gracias!
- SERAPIA. Afortunadamente, yo no soy tirana para usted. ¡Bien lo sabe Dios! Aunque usted me debe...
- FED. ¡La vida!
- SERAPIA. No; los cuatro meses de hospedaje...
- FED. Señora, no hablemos de eso. Yo la pagaré con creces.
- SERAPIA. Ya; pero entre tanto...
- FED. Nada, nada. No toque usted esa cuestion.
- SERAPIA. Es que debo tocarla, para hacerle ver... (Suena en un violín el final de «Lucía.»)
- FED. Chist! Calle usted! Esa música! (Cambiamos de conversacion.)
- SERAPIA. No es nada. Es un nuevo huesped. Pero siguiendo lo de ántes...
- FED. Oh! Qué bella música! ¡qué frase tan sublime! ¡qué dulzura! ¡qué expresion!
- SERAPIA. Sí, señor, mucha expresion, pero...

- FED. Déjeme usted oír! déjeme usted! Oh! magnífico! sublime! ¡Este es el final!...
- SERAPIA. No señor, todavía no hemos concluido.
- FED. Señora! El final de *Lucta!*
- SERAPIA. Siempre será una cualquiera.
- FED. Ah! No profane usted tan notable concepcion!—Sí! aquí es cuando él se mata clavando en su pecho la punzante espada.
- SERAPIA. ¿Que se mata? ¿Pero quién?
- FED. Él! su novio! (Tarareando.)
- SERAPIA. Bien, bien; pero insistiendo en lo de ántes...
- FED. Sí! Estas son sus últimas palabras!
(Cantando.) «*Tu, che á Dio splegasti l'ati
oh, bell alma inamorata.*»
- SERAPIA. Pero hombre, siempre ha de cantar usted cuando no debe! (Cesa la música.)
- FED. (Con gravedad cómica.) ¡Cuando no debo! Y entónces, ¿por qué me reclama usted?...
- SERAPIA. Vamos! Usted se ha propuesto acabar con mi paciencia. Ea! Ea! hasta luégo.
- FED. Hasta luégo, doña Serapia.—Ah! se me olvidaba. Hoy vendrá á verme una jóven...
- SERAPIA. ¡Hola! Esas tenemos!
- FED. No se alarme usted. Es una prima mía que viene con un encargo para mi familia. Si llama, díjala usted que pase.
- SERAPIA. Corriente! Será usted servido. (Váse por el foro.)

ESCENA V.

FEDERICO y BENITO.

- FED. (Sentándose á estudiar.) Pues señor, estudiemos. ¿Quién me ha metido á mí á resolver problemas matemáticos?
- BENITO. (¡Calla! Un compañero de casa. ¿Y quién será? Parece que está muy ocupado.)
- FED. Á más B, más C, elevadas á la cuarta potencia y multiplicadas por la hipotenusa...

- BENITO. (¿Qué demonios está hablando? No entiendo una palabra.)
- FED. Si ahora elevamos al cubo...
- BENITO. (¿Llevar et cubo? ¿Si será un aguador?)
- FED. Y si comparamos los antecedentes...
- BENITO. (¡Canario! Habla de los antecedentes... ¿Si será un agente de policía?)
- FED. Pero aquí me falta la razon...
- BENITO. (¿Que le falta la razon? (Retrocediendo asustado.) ¿Si estará loco?)
- FED. Y si extraemos las raices...
- BENITO. (¡Vamos! ¡Es un dentista!)
- FED. Tendremos que la incógnita...
- BENITO. (¡Ya pareció aquello! Ya pareció la incógnita! ¿Quién será ella?)
- FED. No! pues no sale!
- BENITO. (Mirando á todos lados.) (¿Que no sale? ¿Y de dónde querrá que salga?)
- FED. (Tirando el libro.) ¡Qué demonio! Que lo resuelva el que quiera; ya tengo la cabeza trastornada. (Viendo á Benito que le hace profundas reverencias.) Caballero... (¿Quién será este tipo?)
- BENITO. Servidor de usted. Acaso venga á molestarle...
- FED. No tal, de ningua manera.
- BENITO. Lo celebro mucho.—Supongo que usted será otro huésped de esta casa, y con ese motivo, y como compañero me ofrezco de usted...
- FED. Gracias. ¿Conque vive usted aquí tambien?
- BENITO. Sí, señor; hoy mismo he llegado de Búrgos.
- FED. Ya! És usted un *burgués*!
- BENITO. No, señor, soy músico.—Mi padre es profesor de guitarra, y viendo las grandes disposiciones que yo tenía para el violin...
- FED. Es favor!
- BENITO. Muchas gracias!—Me dijo: «Nada, Benito; vete á Madrid. Allí es donde el génio halla espacio para tender su vuelo. Allí harás carrera.» Dicho y hecho. Salí de Búr-

gos, me detuve dos días en Ávila, y anoche tomé el tren para esta; y por cierto que en el carruaje encontré una caja de rapé, que tengo allí, en mi gaban.

FED. Caramba! Buen principio para hacer fortuna!

BENITO. Y para estornudar!—Aquí buscaré colocacion en alguna orquesta. Traigo cartas de recomendacion para Barbieri...

FED. Ah! sí! *Il Barbieri de Siviglia!* Es una gran ópera!

BENITO. No, hombre; para Barbieri el compositor.

FED. Adelante.

BENITO. Y ademas traigo otras para el célebre Monasterio...

FED. ¿Para el monasterio del Escorial? ¡Oh! es...

BENITO. No, hombre, no. Para don Jesús, el gran violinista.

FED. Pues, amigo mio, tendré mucho gusto en que le coloquen, y cuente usted con mi amistad.

BENITO. Gracias!—Y ¿qué tal? ¿Qué tal vida se hace usted por aquí? Usted debe...

FED. ¡Eh!

BENITO. Digo que usted debe conocer á Madrid perfectamente.

FED. Ya lo creo!

BENITO. Qué fortuna! Esto debe ser la gloria! ¡Qué mujeres habrá por esas calles de Dios! ¿Eh?

FED. Ah! respecto á eso, amigo Benito, no tiene usted más que pedir.

BENITO. Y por supuesto que usted tendrá cuando ménos alguna duquesa ó marquesa...

FED. Es claro! Yo no me trato más que con títulos... (de la deuda.)

BENITO. Ay, amigo mio! Yo estoy muy escarmentado en amores.

FED. Oiga!

BENITO. Sí señor. Yo tuve una novia en mi pueblo que me dió un disgusto feroz. Despues de seis meses de relaciones desapareció un dia de Búrgos ..

FED. ¡Qué lástima!

BENITO. Y lo más lastimoso del caso es que huyó con uno de mis mejores amigos!...

FED. De suerte que á usted le cuadra bien aquello de «¿qué

amigos tienes, Benito!»

BENITO. Es verdad!

FED. Pues, hombre, no se disguste usted por tan poco.

BENITO. Y yo no busco el interés, no señor. Porque soy el único heredero de un tío muy rico que tengo en Búrgos, y que está bastante enfermo, conque ya ve usted...

FED. (Abrazándole.) ¡Ay! ¡Qué suerte tiene usted, amigo mío! Conque hasta luégo. Por la noche iremos un rato al café. (Los forasteros pagan siempre!)

BENITO. Me parece bien. (Este me convidará. ¡Como soy forastero!...)

FED. Adios! Hasta luégo. (Váse á su habitacion.)

BENITO. Hasta la vista. (Váse á la suya.)

ESCENA VI.

D. CIRIACO, que entra con un lio en la mano; luégo DOÑA SERAPIA.

CIRIACO. ¡Caracoles! ¡Gracias á Dios que llegué! Esta es la casa. Buen trabajo me ha costado dar con ella. ¡Jesús! ¡Cuánta gente! ¡Cuánto coche! ¡Qué griterío! ¡Esto es capaz de volver loco á cualquiera!... Pero ¿no hay nadie en esta casa? (Llamando.) ¡Eh! ¡patrona! Habrá salido. Pues él vive aquí, me lo ha dicho el portero. ¡Qué sorpresa va á recibir cuando me vea! ¡Hijo de mi alma! ¡Sólo ocho dias estuvo con nosotros este verano! ¡Es claro, sus estudios le impiden salir de aquí! Pero por fin he conseguido lo que tanto deseaba, ¡abrazarle en Madrid! ¡Qué ajeno estará él! ¡Buen chasco le voy á dar! Cuando venga la patrona la diré que avise al chico y que le diga que ha llegado un tío suyo. Eso! un tío suyo, para que luégo la sorpresa sea mayor. Pues señor, vengo rendido. Hace una hora que llegué á la estacion, y no he cesado de andar de un lado para otro buscando esta casa. ¡Y qué gente tan amable es la de Madrid! Apenas bajé del tren, lo ménos cuarenta cocheros se empeñaban en traerme á casa, y más de veinte chicos se dispu-

taban el honor de llevarme este lio! ¡Jesús! ¡Creí que me aturdian! Pero yo no quise aceptar tanto obsequio. Porque dicen que por aquí hay una gente que fingiéndose amable, le meten á uno en un coche, le llevan á una casa de mal vivir, y ¡paf! cuando méncs se piensa le roban y hasta le asesinan!... Sí señor! ¡Se han dado casos!... Yo soy muy listo. Ni un momento saqué las manos de los bolsillos; metí el lio bajo el brazo, y dije: «Andando!» El que tiene lengua á Roma va;» y preguntando y preguntando, pude por fin dar con la calle de la Hortaliza, digo, de la Hortaleza, y con el número cincuenta y tres, piso tercero de la derecha. ¡Canario! Tengo la cabeza abombada. Acudamos al rapé. (Busca en todos los bolsillos.) ¡Demonio! ¡Me falta la caja de tabaco! ¿No lo dije yo? Ya me la robaron. Por algo dejé en Pancorbo el reloj! Si lo llevo á traer me lo soplan también. (Sigue buscando.) Nada, me falta la tabaquera! ¡Y sin sacar las manos de los bolsillos! ¡Qué rateros tan listos se crian en este país!... ¡Calle! siento pasos. ¿Si será mi hijo? (Se presenta Doña Serapia.) ¡Hola! una señora. Esta debe ser la patrona.) Soy muy servidor de ustedé.

SERAPIA. (Otro huésped. Hoy estoy de buenas.) Caballero! Usted dirá en qué quiere que le sirva.

CIRIACO. Estimando. ¿Usted es la...

SERAPIA. Sí señor. La dueña de esta casa. Si quiere usted habitación con vistas á la calle...

CIRIACO. Estimando. Lo que quiero saber es si vive aquí el chico.

SERAPIA. ¿Qué chico?

CIRIACO. ¿Quién ha de ser? ¡Él!

SERAPIA. Ya! ¿Pero quién es él?

CIRIACO. Toma! El muchacho! Federico!

SERAPIA. Acabáramos. Pues sí señor, aquí vive.

CIRIACO. ¿Lo ve usted? Ya decía yo que no me equivocaba.

SERAPIA. ¿Quiere usted que le llame? Está en su habitacion.

CIRIACO. Estará estudiando!

- SERAPIA. ¡De seguro! ¿Y quién digo que le busca?
- CIRIACO. (Aquí del engaño.) Pues diga usted á mi hijo, que aquí le espera su tío.
- SERAPIA. ¿Eh?
- CIRIACO. No, no es eso. Diga usted á mi tío que aquí le espera su hijo... Tampoco es esto!... En fin, dígale usted que aquí estoy yo.
- SERAPIA. Pero ¿es usted acaso?...
- CIRIACO. Su tío! señora, ¿no lo está usted oyendo?
- SERAPIA. (Gracias á Dios que se explicó!) Pues voy á llamarle. (Entra en la habitacion de Federico.)
- CIRIACO. ¡Ay! el corazon parece que quiere saltárseme del pecho al considerar tanta alegría, tanto placer, tanto... ¡Y dicen que los padres no somos sensibles! ¡Qué poco conocen los que esto dicen las delicias de la paternidad!
- SERAPIA. Ya le avisé, y dice que ahora viene. (Váse por el foro.)

ESCENA VII.

D. CIRIACO y FEDERICO.

- CIRIACO. Estimando, señora. Me voy á ocultar para que haga más efecto mi visita. (Se esconde detrás de la cómoda.)
- FED. ¿Que ha llegado mi tío? No sé cuál podrá ser. Pero... ¿Dónde está ese tío?
- CIRIACO. ¡Aquí! ¡Aquí!
- FED. (¡Cielos! ¡Mi padre!)
- CIRIACO. (Yendo á él y abrazándole fuertemente.) ¡Hijo de mi alma! ¡Federico de mi vida! Aprieta, hombre, aprieta. Parece que te has quedado suspenso...
- FED. ¡Eh!
- CIRIACO. ¿Te ha cogido de sorpresa mi visita?
- FED. (Creí que lo sabía!...) Es natural... yo no esperaba...
- CIRIACO. Pues aquí me tienes; aquí tienes á tu padre, que te quiere tanto, que ha venido sólo por verte, por abrazarte... Déjame, hombre, déjame que te abrace á mi gusto... ¿Y no preguntas por tu madre?... Pues está

buena, muy buena. La pobre se quedaba muy triste, y si no fuera por no abandonar la tienda, hubiera venido conmigo. Ah! me ha mandado darte estos regalos.

FED. ¡Pobre madre!

CIRIACO. Míralos, míralos. Nicolasa es muy precavida. (Abre el b. no.) Unos pañuelos bordados por ella misma, con tus iniciales; estas cajas de dulce para que las meriendes; ya ves, como en casa siempre comías entre horas, la pobre se ha acordado de eso. Además me recomendó darte esta manta de algodón en rama, para que te la pongas al pecho y evites las pulmonías.

FED. Ah! sí!...

CIRIACO. Sí, chico, sí: ten mucho cuidado con las enfermedades, sobre todo con las pulmonías, abrígate mucho... Pero hombre, observo que para el frío que hace andas muy á la ligera.

FED. Ah!... sí... á la ligera... Pues aquí acostumbramos á andar así por casa; es lo más elegante.

CIRIACO. Dispensa, chico, no conocía esas costumbres. ¡Es claro! como en Pancorbo andamos siempre tan abrigados... Pero al salir te pondrás la ropa de invierno, eh?

FED. Es natural! (Buena la vamos á hacer!)

CIRIACO. Te pondrás el gaban que hace poco te compraste, ¡y que costó treinta duros! ¿verdad?

FED. Sí, eso pagué al sastre.

CIRIACO. ¡Buen gaban debe ser! ¡Qué guapo estarás con él! Mas... ¿qué quieres que te diga? hasta se me figura que estás temblando de frío.

FED. Cá! no tal. Es la emocion. Este traje es el de mañana. Ando á la *negligée*.

CIRIACO. ¿Á la qué?...

FED. Á la *negligée*. Esto es lo *chic*! Más tarde nos hacemos la *toilette*.

CIRIACO. ¡Chico! ¡chico! ¡qué palabras tan finas has aprendido!

FED. Sí; la gente *comm'il faut*...

CIRIACO. ¿Otra palabrita? ¡Bravo, hombre, bravo!

FED. Digo que la gente *comm'il faut* se viste sólo por la tarde.

CIRIACO. Me parece una tontería; pero no replico. Tú lo sabrás mejor que yo. Ahora será temprano todavía, ¿verdad? ¿Qué hora tienes?

FED. (¡Esta es otra!)

CIRIACO. ¿Qué tal marcha el reloj que te compró tu madre?

FED. Lo que es marchar... (no ha marchado mal), pero... diré... á usted... no lo traigo conmigo.

CIRIACO. ¿Se ha descompuesto? ¿Le habrás dado algun golpe?

FED. Sí, eso fué. Le dí dos golpes: el primero, bien; pero al segundo, saltó la contraria, y... ¡zás!

CIRIACO. ¿Eh? ¿La contraria?

FED. (¿Qué estoy diciendo?) Digo, que al segundo golpe que le dí sin querer, saltó la rueda contraria que engrana con el volante, y...

CIRIACO. Ah! vamos; y se paró. Pues sin reloj estarás mal, porque no sabrás la hora que es para ir á las clases...

FED. No tema usted!

CIRIACO. ¡Qué orgullo sentiré yo mañana cuando diga al verte hecho un ingeniero... porque tú concluirás este año segun decias, eh?

FED. Sí, este año: Pero usted estará cansado, y...

CIRIACO. Déjame, déjame gozar un momento. Cuando vayas al pueblo con tu título en el bolsillo, diré yo loco de alegría: «¿Le veis? Ese es mi hijo, el hijo de un pobre tendero, que á costa de grandes sacrificios pudo darle una carrera lucida y provechosa, una carrera...»

FED. Vamos! no se afecte usted tanto!

CIRIACO. Cá! no lo creas!... Pero ¿qué es eso? estás triste? Yo no quiero que sufras, cuando yo estoy reventando de alegría. Vaya, vaya; ya me callo. Voy á descansar un rato. (¡Qué feliz es el padre que tiene un hijo como éste!) Tú puedes quedarte, tendrás que estudiar. Hasta luégo, hijo mio, hasta luégo. (Váse á la habitacion de Federico, llevando consigo el lio. Federico le acompaña hasta la puerta.)

ESCENA VIII.

FEDERICO, ROSA y DOÑA SERAPIA.

- FED. (Se sienta pensativo.) Pues señor, ¡en buen belen me he metido!
- SERAPIA. (Se presentan en la puerta del foro Rosa y Doña Serapia.) ¿Conque pregunta usted por su primo?
- ROSA. Sí, por mi primo Federico.
- SERAPIA. Pues allí está. Ea! dejen á ustedes. Hasta despues. (Váse.)

ESCENA IX.

DICHOS, ménos DONA SERAPIA.

- ROSA. (Adelantándose hácia Federico.) ¡Chico! te duermes?
- FED. Ah! Rosa!
- ROSA. Ya ves que soy de palabra.—Pero, ¿qué tienes? estás de mal humor? Vamos, hombre, no te pongas así, que estás muy feo.
- FED. Rosa .. yo quisiera... Por Dios, habla bajo! (Si mi padre la viera!)
- ROSA. Jesús! hijo, ¡y qué cara tan fosca! Vaya! ¡ya sé lo que es. ¡No tienes dinero! Se te conoce á media legua.
- FED. No, no es eso.
- ROSA. ¿Qué no es eso? me alegro.—Chico! qué tarde vamos á pasar! cómo nos vamos á divertir!—Ah! acabo de encontrar á Manolo, y me dijo que irá con su novia, con Amparo.
- FED. De veras?
- ROSA. Como lo oyes! Y van tambien Pepito y la Nicanora. Ya verás, ya verás cómo nos reimos. Tendremos empanada y salchichon y champagne; chico, ¡champagne!—Pepito ha quedado en llevar cuatro botellas de las que tiene su padre.
- FED. Magnífico! Va á ser fiesta completa!
- ROSA. Y luego bailaremos y saltaremos.—La Nicanora lleva las castañuelas para bailar el jaleo.

- FED. Bravo! me gusta la idea! Jaleo! jaleo!
ROSA. Pero, oye... ¿y de aquí? (Indicando el dinero.)
FED. Somos felices! Tengo cinco duros que saqué á la patrona!
ROSA. Já! já! já! Cinco duros!
FED. Se los saqué revolver en mano! Já! já!
ROSA. Já! já! con el revolver! já! já! Pues corro á avisarlos! hasta luégo.
FED. Bravo! bien! me gusta! Á vivir! (Vánse los dos por el foro.)

ESCENA X.

D. CIRIACO.

Canario! ahora que recuerdo; tengo que hacer la visita que me encargó el boticario á todo un personaje de la situacion! á un escribiente de la seccion de Fomento!... Ya! pero así con este traje, tengo toda la facha de un paleta. Me pondré la ropa de Federico y me daré importancia.

ESCENA XI.

DICHO y DOÑA SERAPIA.

- SERAPIA. (Aquí está el tío del señorito: debo decirle algo de lo que pasa.)
CIRIACO. Hola! señora. Buenas tardes.
SERAPIA. Desearía hablarte del sobrino.
CIRIACO. ¿Del sobrino?
SERAPIA. Sí, de don Federico.
CIRIACO. Ah! es verdad. (Ya no me acordaba de que era tío.)
SERAPIA. Le diré lo que hay para que usted se lo cuente á su padre.
CIRIACO. Ah! pues si usted me lo dice á mí, descuide usted, que su padre lo sabrá.
SERAPIA. Es preciso que haga usted saber de cualquier modo al padre de don Federico, que su hijo es un tronera.
CIRIACO. ¡Falso! eso no es cierto!

- SERAPIA. ¿Que no es cierto? Pues desde que llegó á esta casa, hace cuatro meses, aún no ha pagado un cuarto.
- CIRIACO. Repito que es falso! Él paga todos los meses.
- SERAPIA. Perdone usted; hasta la fecha y á razon de nueve reales diarios...
- CIRIACO. ¿Cómo nueve reales, si él paga doce cada dia? Ve usted, ve usted, cómo eso no es verdad?
- SERAPIA. Pues bien; si aún duda usted, lea esta carta y en ella verá si es ó no cierto lo que digo. (Le da la carta.)
- CIRIACO. Á ver, á ver. (Lee.) «Querido Federico: te remito el libro que me pides...» ¿Lo ve usted? le pide un libro para estudiar! Ya decía yo!
- SERAPIA. Siga usted.
- CIRIACO. «Y sospecho que habrás, por lo tanto, cambiado de conducta.» (¡Eh!) «Por Dios, Federico, mira que hace cuatro años que has comenzado la carrera de ingeniero, y no has conseguido siquiera aprobar el primer curso.» (¡Dios mio!)
- SERAPIA. ¿Lo ve usted?
- CIRIACO. Señora! por Dios! no me diga usted más!
- SERAPIA. Pero comprenda usted...
- CIRIACO. Yo no comprendo nada. Déjeme usted!
- SERAPIA. Corriente! le dejo. He cumplido con un deber. (¡Pobre señor!—Ahora me pagará.—¡Estas escenas me conmueven!) (Váse por la puerta primera de la derecha.)
- CIRIACO. Pero señor! ¿cómo es posible que mi hijo me engañe? No! no puede ser!

ESCENA XII.

DICHO y FEDERICO, que entra saltando.

- FED. Magnífico! Baile! Baile! (Diablo! mi padre!)
- CIRIACO. Federico!
- FED. (¿Si la habrá visto?)
- CIRIACO. Acércate, hijo mio, acércate. Si una persona viniera á hablarme y me dijera: «Don Ciriaco, no sabe usted lo que pasa; su hijo de usted es un calavera...»

- FED. (¡Eh!)
- CIRIACO. ¿Qué dirías tú? Vamos á ver!
- FED. Que ¿qué diría yo? Que eso era falso! Que eso era una calumnia! (¿Si sabrá algo?)
- CIRIACO. (Creo que se ha turbado.)
- FED. Pero ¿á qué viene eso?
- CIRIACO. No, á nada. Ha sido una rareza, un capricho. (Observaré.)—Ea! ahora voy á dejarte un momento, porque tengo que hacer una visita que me encargó el boticario. —Pero oye, así, con este traje...
- FED. Está usted muy bien.
- CIRIACO. No tal. ¿Qué he de estar bien? Vaya! Yo tambien quiero ser elegante. ¡Pues no faltaba más!—Mira, déjame tu gaban.
- FED. (¡Ay de mí! ¡Esta es otra!)
- CIRIACO. Sí, con tu gaban estaré mejor. Anda, tráemelo.
- FED. (¡Oh! ¡qué idea! Aquí está uno; el del vecino!) (Lo coge.) Bueno, póngaselo usted. (Me he salvado!)—Quizá le siente bien.
- CIRIACO. Magnífico!
- FED. (Saca del bolsillo una petaca.) (Hombre! una petaca llena de puros!—Algo se pesca.) (La guarda.)
- CIRIACO. (Después de haberse puesto el gaban.) Ajajá! Parezco un gobernador de provincial!

ESCENA XIII.

DICHOS y BENITO.

- BENITO. (¡Canario! ¿qué veo? Aquel es mi gaban.) Eh! caballero!
- FED. (Aquí del apuro.) No le haga usted caso.
- CIRIACO. ¿Eh?
- FED. ¡Es un loco!
- CIRIACO. ¡Diantre!
- BENITO. Oiga usted! Que ese gaban es el mio!
- CIRIACO. ¿Qué dice?
- FED. Le da por decir que todo lo que ve es suyo.
- CIRIACO. Vaya una manía!

BENITO. Sí señor, es el mio!

FED. Verá usted como dice tambien que esta petaca... (La enseña.)

BENITO. ¡Caspitina! Esa es mi petaca!

FED. ¿Lo ve usted?

CIRIACO. ¡Jé! ¡jé! ¡jé! Vaya una manía, hombre! Vaya una manía!
—Ea! hasta despues!

BENITO. Eh! Caballero! ¿no oye usted que ese es mi gaban?

FED. No le escuche usted.

BENITO. ¿Cómo qué?... Es que yo le necesito. Que es mio, y muy mio!

CIRIACO. ¿Que es suyo? Una prueba. (Á Federico.) (¡Ahora le aplasté!)

BENITO. ¿Una prueba? Ya lo creo! Precisamente en el bolsillo interior hay una cajita que encontré esta mañana en el viaje...

CIRIACO. (Sacando la caja.) ¡Canastos! Mi caja de rapé! Esta es mi caja!

FED. (Zambomba! Otro lió!)

CIRIACO. Sí señor, es mia! Usted me la ha robado!

BENITO. ¿Que yo?... Hombre, si la encontré sobre el asiento del carruaje.

CIRIACO. Pero este gaban...

BENITO. La caja será de usted; pero el gaban me pertenece. Ya lo creo!

CIRIACO. (Quitándose el gaban y dándoselo á Benito.) ¡Dios mio! Dios mio! Todo lo comprendo!

FED. (¡Estalló la bomba!)

CIRIACO. (Á Benito.) Dispéñseme usted, amigo mio... Pero tú, ¿qué dices tú á esto, Federico?

FED. Yo!...

CIRIACO. Cállate! No quiero escucharte! Eres un infame!

FED. Pero si no es cierto que...

CIRIACO. ¿Que no es cierto, eh? ¿Y esta carta? (Dándosela.) ¿Qué dices tú de esta carta?

FED. (¡La carta de Luis!)

CIRIACO. ¡Qué! ¿Te callas? ¿Te avergüenzas?

- FED. Pero padre; mis estudios...
- CIRIACO. ¡Basta de matemáticas! Ya que lo has querido, hoy mismo nos volvemos al pueblo; allí trabajarás como yo he trabajado; en vez de la levita del señorito, vestirás la blusa del tendero; sufrirás la sujecion del mostrador; despacharás bacalao, jabon... y otros comestibles, y se te llenarán las manos de sabañones!... (Llorando.)
- FED. Mas yo le suplico...
- CIRIACO. Nada de súplicas! Vámonos al cuarto! ¡Pobre Nicolasa! ¡Pobre esposa mia! (Váanse D. Ciriaco y Federico.)

ESCENA XIV.

BENITO y DOÑA SERAPIA.

- BENITO. Pues señor, ¡vaya una escena que he tenido que presenciarse!
- SERAPIA. ¿Qué ha sido eso?
- BENITO. Que el viejo se ha enfurecido, y á poco hay aquí la de San Quintín.
- SERAPIA. Gracias á Dios! Ahora me pagará.
- BENITO. Pero ¡qué jóvenes, señor! ¡Qué jóvenes! (Entra á dejar el gaban en su habitacion.)

ESCENA XV.

DOÑA SERAPIA y ROSA.

- ROSA. Felices...
- SERAPIA. No sabe usted lo que pasa! El tío lo ha descubierto todo!
- ROSA. (¡Valiente tío!)
- SERAPIA. Supo que don Federico era un calavera y ¡ya ve usted! (Váse por el foro.)

ESCENA XVI.

ROSA y BENITO y luego DOÑA SERAPIA.

- ROSA. Malo! Malo! (Viendo á Benito.) (Mas qué veo?) Benito!

Querido Benito!

BENITO. ¡Santa Tecla! ¡Rosita! (Se abrazan.)

ROSA. Supe que estabas aquí y he venido á verte en seguida.

BENITO. Luego ¿me quieres todavía?

ROSA. ¿Que si te quiero? ¿Y quién lo duda?

BENITO. Has sido una ingrata! Te marchaste de mi lado! Te marchaste de Búrgos!

ROSA. ¡Hijo! Una desgracia de familia!

BENITO. No ha sido mala desgracia!

ROSA. Y ahora ¿nos casaremos?

BENITO. Chica! Si no tengo un cuarto!

ROSA. ¿Eh? Pero tu tío, aquel ricachon...

BENITO. Está muy malo. Le dejé casi á la muerte, y estoy esperando de un momento á otro recibir carta en que me digan...

SERAPIA. Esta carta que acaba de traer el correo. (Se la da á Benito y váse por el foro.)

ROSA. ¡Lo que esperaba!

BENITO. La herencia!

ROSA. Á ver, á ver.

BENITO. (Leyendo.) «Querido hijo: tengo que darte una mala noticia...»

ROSA. ¿No lo decía yo? Sigue, sigue.

BENITO. (Lee.) «Anoche ha fallecido de repente... la yegua que tú montabas, de resultas de un fuerte torozon.» Pobrecita!

ROSA. ¡Vaya una noticia!

BENITO. Continúo. (Lee.) «Tu tío sigue mejor y dice que...»

FED. (Que trae una sombrerera como único equipaje, en la que meterá los calcetines.) (Rosa aquí!) (Á Rosa.) Márchate! Hemos concluido!

ROSA. ¿Eh?

BENITO. (¿Qué dice?) (Á Federico.) Oiga usted, amigo, ¿conoce usted á esta chica?

FED. Por mi desgracia!

ROSA. Caballero! — Benito, no le hagas caso, yo te quiero á tí sólo.

- BENITO. ¿Sí, eh?
- ROSA. ¿Qué más dice tu buen tío?
- BENITO. Pues dice que me vaya á su lado y que no necesito trabajar para ser rico.
- ROSA. Corriente! Viviremos con él.
- BENITO. No, tú vivirás donde te dé la gana, pero yo...
- ROSA. Luego tú...
- BENITO. Yo me voy solito. (Te veo!) (Volviéndose de espaldas á Rosa con cómica indiferencia.)
- ROSA. ¡Y este es el pago á mi constancia! ¡Qué desgraciadas somos las mujeres sensibles! ¡Qué desengaño tan horrible! (No, pues no se ablanda!) Vaya! Abur! Expresiones al tío... y á la yegua!
- BENITO. Vaya usted enhorabuena! (Váse á su habitacion.)
- FED. (¡Que yo haya sido tan cándido!)
- SERAPIA. (Á Rosa, que se marcha.) ¿Deja usted á su primo?
- ROSA. Señora, lo que me sobran á mí son primos! Abur! (Váse.)
- SERAPIA. Hasta la vista.

ESCENA ÚLTIMA.

FEDERICO, DOÑA SERAPIA, D. CIRIACO y BENITO.

SERAPIA. (Viendo á D. Ciriaco que se presenta con el lio.)

¿Se van ustedes?

CIRIACO. (Muy compungido.) Sí! estando más tiempo aquí ¡va al abismo!

(Indicando á Federico.)

y me lo llevo ahora mismo!

SERAPIA. Lo siento mucho!

CIRIACO. Estimando!

—Á la voz del bien fuí sordo;
con este lio (Indicando el suyo.) llegué,
y marché porque me hallé
¡con otro lio más gordo!

—Cóbrese usted... (Dándole dinero.)

SERAPIA. ¡Vaya un arte

que yo tuve!...)

BENITO. (Con el saco de viaje, el gaban y el violín.)
En marcha estoy!

SERAPIA. ¿Tambien usted?

BENITO. Sí; me voy...

con la música á otra parte.

SERAPIA. (¡Me quedo sola!)

BENITO. ¡Estoy loco

de alegría!

FED. (Á Benito.) Oiga usted, amigo,

¿no tiene usted otro abrigo?

BENITO. (Sacando su petaca del bolsillo de Federico.)
No! ni cigarros tampoco!

(¡Pues voy á estar divertido!)

FED. (Al público.)

(Al público.)

Señores, arrepentido

de tantas calaveradas,

para marchar sólo os pido

que nos deis unas palmadas.

FIN.

